

Al hablar de los edificios religiosos y de la capilla de San Fernando, en la antigua fundación, etc. Este edificio edificado y restaurado empezó a construirse en el reinado de Fernando VI de Borbón y se terminó en el de Carlos III. El elemento de riqueza y bienestar para la población, cada vez más floreciente, hasta la invasión napoleónica, empezó a languidecer y marchitarse en el tránsito de nuestras revoluciones. Sucesal de la célebre fábrica de paños de Guadalupe, dirigida por el holandés Ripert, en el ministerio del conde de Alarcón, se hizo después de Brihuega, en 1750, la regia concesión a instancia de uno de sus hijos más queridos D. Juan de Brihuega y Ríos, mayor domo de la diócesis arceobispal de Toledo, Teniente Corregidor de la villa y señorío del castillo de la Victoria. Fundó en 1760 la elegante capilla de San Rafael en la nave izquierda del templo de Santa María.



CAPÍTULO VII

Efigies de la Virgen y santuarios célebres en Brihuega y señoríos adyacentes

* **L**A historia de Brihuega se enlaza de tal modo con la aparición de una efigie de la Virgen, hacia la época de la reconquista, que no es posible pasar por ella sin recordarla; pues el recuerdo de estas antiguas tradiciones es uno de los objetos de nuestra obra, sean piadosos ó profanos, y más ó menos aceptables para la crítica, siempre que el pueblo las crea, las repita y las transmita de una generación á otra.

Y ¡cómo ensañarse contra ellas con el ceño de la impiedad y de la sátira, ni aun pensarlas con todo el rigor de la crítica severa!

¿Quién quitará á los de Romanones que, en el sitio que todavía llaman *Alvaróñez*, está en una piedra el pesebre donde el conquistador de Guadalajara pensaba su caballo? Y con todo hallaremos igual tradición al otro lado del Tajo y del Guadiela en la provincia de Cuenca. Hay que dejar al poeta lo suyo y al pueblo las creencias que le agradan y á nadie perjudican.

* Todo este territorio de la Alcarria está sembrado de estas piadosas tradiciones, y algunas de ellas pasando al otro lado del Henares se asimilan á ellas; pues la de Brihuega se da la mano con la de Sopenetrán, de tal manera, que parecen fundidas en una misma turquesa. Á la demasiado candorosa y anacrónica narración del P. Béjar, parece muy preferible la más delicada, aunque no menos entusiasta, del ya citado cantor de las glorias de Brihuega y su patrona (a), aunque descargando su narración de las excesivas galas de su exuberante fantasía.

* En Brihuega residía á mediados del siglo XI el fugitivo infante D. Alonso, que huyendo de las iras de su hermano, se había acogido al amparo de Aly-Menón de Toledo, tan traído y llevado por los romanceros y poetas.

* «En aquel tiempo, dice *la Crónica de España*, había en la ribera del Tajo mucha abundancia de osos, de puercos y de otros venados. E Don Alonso, andando de caza Tajo arriba, falló un lugar de que se pagó mucho, que había por nombre Bribiega (b) y porque era lugar vicioso (*frondoso*) y de mucha caza, e había y buen castillo para contra Toledo, pidió al rey Alf-Maymon aquel lugar, e dióelo, e puso el allí sus monteros e sus cazadores cristianos e fincó el lugar por suyo, e el linage de aquellos

(a) D. Camilo Pérez Moreno en su libro de *La Virgen de la Peña de Brihuega*. El P. Béjar habla de un canónigo de Toledo que vino de allí á Brihuega en tiempo de Alymenon. ¿Dónde estaban tales canónigos por entonces en Toledo?

(b) Brihuega está sobre el Tajuña, no sobre el Tajo, como pudiera creer alguno al leer lo que la crónica dice; la cual por cierto no es muy de fiar, pues recopiló en ella D. Alfonso el Sabio muchas patrañas y romances de cosas antiguas que entonces corrían por Castilla en boca del pueblo y cantos de trovadores.

fincó así hasta Don Juan, el tercero Arzobispo de Toledo que ensanchó el lugar.»

* Á Brihuega vino también á residir una hija del rey moro Aly-Menón, llamada Elima, á la cual había tenido como fruto de sus relaciones con una cautiva cristiana. Alojóse en el alcázar de la Peña Bermeja, á fin de respirar las puras brisas de aquellos contornos. En compañía de la infanta andaba un cautivo mozárabe, á quien llamaban el *Cimbre*, confidente que había sido de su madre, y á quien mostraba la infanta especial predilección entre los demás moros y cristianos de su servidumbre. Era éste muy devoto de la Virgen, á la cual pedía con instancias la conversión de la joven infanta, implorando divino favor para llevar su obra á feliz término. Logróla por fin y el cronista moderno de Brihuega (a), la refiere en estos términos:

* «En una noche de estío, impregnada de encantos y misterios... aparecióse la Santísima Virgen á la fervorosa infanta, que absorta la contempló, iluminando con sus celestes rayos los próceres olmos que coronaban la excelsa roca, frontera del castillo.... Indescriptibles son el respeto, júbilo y ternura de la extasiada Elima al contemplar la celestial imagen de la Virgen con su Divino Hijo el Niño Jesús en sus maternos brazos.... Mas vió desaparecer repentinamente aquellas dos imágenes tan aéreas y encantadoras, cual jamás pudo soñarlas el poeta... Sintió herida su alma por acerada flecha de dolor, cual naufrago que al borde de la playa es repelido por el embate de las ondas. ¿Dónde os habéis ido, Reina y Madre? exclamó con desgarrador acento.—Mirad bien, ordenó dirigiéndose al Cimbre y á los demás esclavos, no os detengáis; esa celestial figura se abismó en las raíces de los olmos... ¡está allí!... apresuraos;

(a) El ya citado D. Camilo Pérez Moreno. Pero como es muy difusa y algún tanto recargada, parece preferible extractarla, dejando su apreciación al arbitrio de cada cual, no sin advertir que lo mismo en ésta que en la de Sopenetrán hay que oír á la piedra más que á la crítica, como queda dicho.

¡cuidad que no se desplomen las rocas y sepulten para siempre ese tesoro que encierran!

* »Confuso quedó Ponce, no acertando á discernir si era mística ilusión ó real este milagro; mas pronto abandonó sus reflexiones para cumplir el mandato de la princesa. Descendió al precipicio, cuya profundidad ocasiona vértigos, ceñido con fuertes ligaduras, de modo que pudieran sostenerle los esclavos que permanecían en la cúspide de la peña. Halló escondida entre los silvestres álamos una caverna ó gruta natural, y en una circular excavación de su base, protegida por una campana contra las filtraciones de las lluvias y los detritus de la roca, distinguió una escultura de la Santísima Virgen.

* »Cayó de rodillas ante la imagen el cristiano, tributando á Dios gracias humildes por hallazgo tan precioso, y alzándose después radiante de alegría, mandó á los que arriba estaban esperando, le subiesen. Llegado á la presencia de la hija de su rey, turbado por la emoción y asombro, refirió cómo había visto el cielo en la concavidad oscura de la peña; que allí se encontraba una imagen de la inmaculada Virgen María, teniendo en sus brazos al Niño Jesús, resplandecientes ambos de hermosura. Con devoción y ternura elevaron la imagen de Nuestra Señora hasta la abrupta cúspide, prosternándose de hinojos ante su serena faz.»

* Desde este momento la piadosa leyenda toma un carácter menos fantástico, pero con aires de novela. Bautizada la princesa, los mozárabes se envalentonan, los moros se irritan y más que todos el noble moro Alhakem, capitán de guardias, pariente de Aly-Maimón, perdidamente enamorado de la infanta. Trata el moro nada menos que de robarla de su palacio, los mozárabes la defienden, y uno de éstos mata al moro de una estocada. Pero afortunadamente, al traer en procesión la efigie de la Virgen, resucita el moro y se hace cristiano. El emir toledano, en vez de mostrarse irritado, se resigna con el habitual fatalismo musulmán, porque así lo dispone Alá, y

porque al fin su hija tiene la sangre cristiana de su madre.

* Entretanto su hermano, convertido por otro mayor milagro de la Virgen, se hace cristiano y monje en Sopetrán, y ella después de pasar su vida virginalmente á los piés de la santa efigie, muere el día 15 de Abril de 1095, fecha que nos da el rector Osorio, y es enterrada en el pavimento de la iglesia por voluntad de su hermana Santa Casilda y de su hermano Aly el ermitaño de Sopetrán.

* La conversión de éste es todavía más novelesca, y también más popular y conocida, puesto que el monasterio benedictino de Sopetrán la afianzaba y transmitía á la pública veneración (a).

En una de las frecuentes correrías, dice el Sr. Quadrado, que ocurrían hacia la mitad del siglo XI, entre Almenón, rey de Toledo, y Fernando I de Castilla, llegó á aquel fresco valle el joven Aly, hijo del primero, con rico botín y numerosos cautivos; pero mientras cuidaba de repartirlos entre los suyos, cegó de repente á los moros un resplandor extraordinario, á favor del cual los cristianos rompiendo sus ataduras se apoderaron de los opresores. Sintióse trocado Aly, y ciego como estaba, pidió que le acercasen á un árbol, sobre el cual acababa de aparecerse María, pidiendo á la Madre de los cristianos que le manifestase su voluntad.—No encrudezcas contra mis hijos y bautízate, respondió una voz sobrenatural; y cuéntase (1) que la misma Virgen, tomándole de la mano y conduciéndole hasta una fuente vertió sobre la cabeza del príncipe el agua regeneradora y con la vista del alma le devolvió la del cuerpo. Aly, cambiado su nombre en Pedro, habiendo vuelto de su peregrinación á Roma, y gozoso con la santificación de su hermana Casilda, edificó un

(a) En aquel monasterio se albergó con su escasa hueste Felipe V, al pasar por allí fugitivo de Madrid en 1706.

(1) De este suceso, añade el Sr. Quadrado, faltan no sólo documentos sino hasta indicios en los antiguos historiadores. Algunos atribuyen al príncipe sarraceno el singular nombre de Petrán, sin advertir que la etimología de Sopetrán, más bien que de éste, se deriva de su posición *subtus Petram*.

santuario en el sitio de su dichoso bautismo y en él acabó sus días.

* La tradición de Brihuega pretende enlazarse con la de Sopetrán, pero ésta no responde. En todas ellas se echa de ver que la imaginación meridional no se contenta con la narración primitiva, sencilla y verídica que para fomentar la devoción bastaba; que no se satisface, si no llega á lo extraordinario, maravilloso y el milagro, y que luégo los oradores con sus encomios y los poetas con sus cantos populares, vienen á abrumar y oscurecer la primitiva tradición sencilla.

* Ello es que la primitiva capilla revela origen morisco (a) y se sabe que la efigie allí venerada, desde los tiempos de la reconquista, estaba toscamente pintada en muy antiguo lienzo, por cuyo motivo los piadosos é ilustrados benedictinos, dudando si ya podrían darle culto, mandaron traer de Flandes, á fines del siglo xv, una bella efigie de la Virgen, que desde entonces sustituyó á la antigua, casi borrada, sin mengua de su primitivo culto. No así la de Brihuega, que ridículamente disfrazada, según el depravadísimo gusto de *vestir imágenes*, que se introdujo en el siglo xv, oculta bajo ricos trapos su remoto origen, siquiera por su talla no se la crea anterior al siglo xi. ¿Por qué disfrazarla con vestidos y adornos de pésimo gusto (b)?

(a) De él se hablará al llegar á la descripción de aquel territorio.

(b) Baste decir á propósito de esto que San Francisco de Sales prohibió á sus monjas tener efigies vestidas.

Por la descripción que de la escultura hace el Sr. D. Camilo Pérez, del simbolismo de la manzana que la Virgen presenta al Niño, y estar éste sobre la rodilla izquierda de la Virgen, no se le puede dar mayor antigüedad.

«La milagrosa escultura de Nuestra Señora de la Peña, es antiquísima escultura de madera preciosa, aunque de ignorada clase. Primorosos y elegantes son el ropaje del manto y escultura del vestido, de colores de oro y carmín, esmaltados por rosas, estrellas y azucenas. Exterior adorno de la imagen, sus vestiduras riquísimas la hacen aparentar mayor altura y cual si estuviese de pié, siendo su actitud realmente majestuosa y hierática, sentada como todas las más antiguas efigies de la Virgen en trono de igual estofo, entrelazado con vistosas labores, flores y matices áureos, si bien de más pálido color. Desciende desde el cuello hasta las plantas de la imagen una túnica no entallada, sino talar y majestuosa, y del mismo modo el manto con amplio vuelo lateral, ondeando en pliegues muy graciosos, que realzan la escultura. Sobre la bella frente de la efigie hay una

* Convenía consignar juntas estas gemelas tradiciones.

* Al culto de las efigies antes citadas, añade el piadoso cronista de la Alcarria los nombres del Socorro, la Esperanza, la Salceda y el Madroñal, y además un largo catálogo de los escritores que han dado noticias acerca de ellos (a).

primitiva corona de una madera análoga, y sobrepuesta triple diadema de plata sobredorada.»

Y en efecto, la tosca lámina la representa con unas enormes coronas, que abultan como todo el conjunto de ella, disfrazada con rostrillo monjil y la estrambótica vestimenta que llaman de *alcuzón*. ¡Cuánto mejor estaría sin ellas, aunque otra cosa crean las beatas!

(a) «Es bastante copioso el número de escritos referentes á los santuarios de la Alcarria. Sin contar con las novenas, casi todas ellas precedidas de una noticia histórica acerca del santuario á que se refieren, mencionaré aquí las principales, que son:

»—*Historia del Monte Celia de Nuestra Señora de la Salceda*, por FRAY PEDRO CONZÁLEZ DE MENDOZA, arzobispo de Granada. Granada, 1616. Imprenta de Muñoz. Es la más notable de estas obras. Su ilustre autor, hijo de Ruiz Gómez de Silva y de la famosa Princesa de Éboli, era alcarreño, aunque otra cosa diga Baena en sus *Hijos ilustres de Madrid*. Dicha historia del Monte Celia lleva un catálogo de los arzobispos de Granada, con buenos retratos de los mismos grabados en cobre.

»—*Historia de Nuestra Señora de la Peña de Brihuega*, por FRAY FRANCISCO DE BÉJAR. Madrid, 1773. Imprenta de Mojados.

»—*Historia del Monasterio de Nuestra Señora de Sopetrán* (junto á Hita), por FRAY BASILIO DE ARCE Y FRAY ANTONIO DE HEREDIA. Madrid, 1676. Imprenta de Hervada.

»—*Historia de Nuestra Señora de Monsalud de Córcoles*, por FRAY BERNARDO DE CARTES. Alcalá, 1721. Imprenta de Espartosa.

»—*Historia de Nuestra Señora de la Oliva*, por D. JUAN CARO DEL ARCO. Alcalá, 1646. Imprenta de García Fernández.

»—*Poema de Nuestra Señora de la Esperanza*, por D. ÁLVARO LÓPEZ DE VEGA. Madrid, 1653. El Sr. Muñoz y Romero, al citar este poema histórico, que sin duda alguna no conoció, lo atribuye al santuario de la Esperanza en Asturias. Pero se equivocó, pues se refiere al santuario de dicho nombre en la Alcarria y junto al pueblo de Durón. Es una obra rarísima de que tampoco he visto ningún ejemplar, no obstante mis diligencias para conseguirlo.

»—*Historia de Nuestra Señora de la Esperanza en Durón*, por D. JUAN ALCALDE ALIQUÉ, 1742. Forma un tomo en folio, MS., de 142 hojas, y se guarda inédita en el archivo parroquial de Durón. El autor sigue mucho la traza y noticias del poema antes citado. Es obra de pésimo gusto.

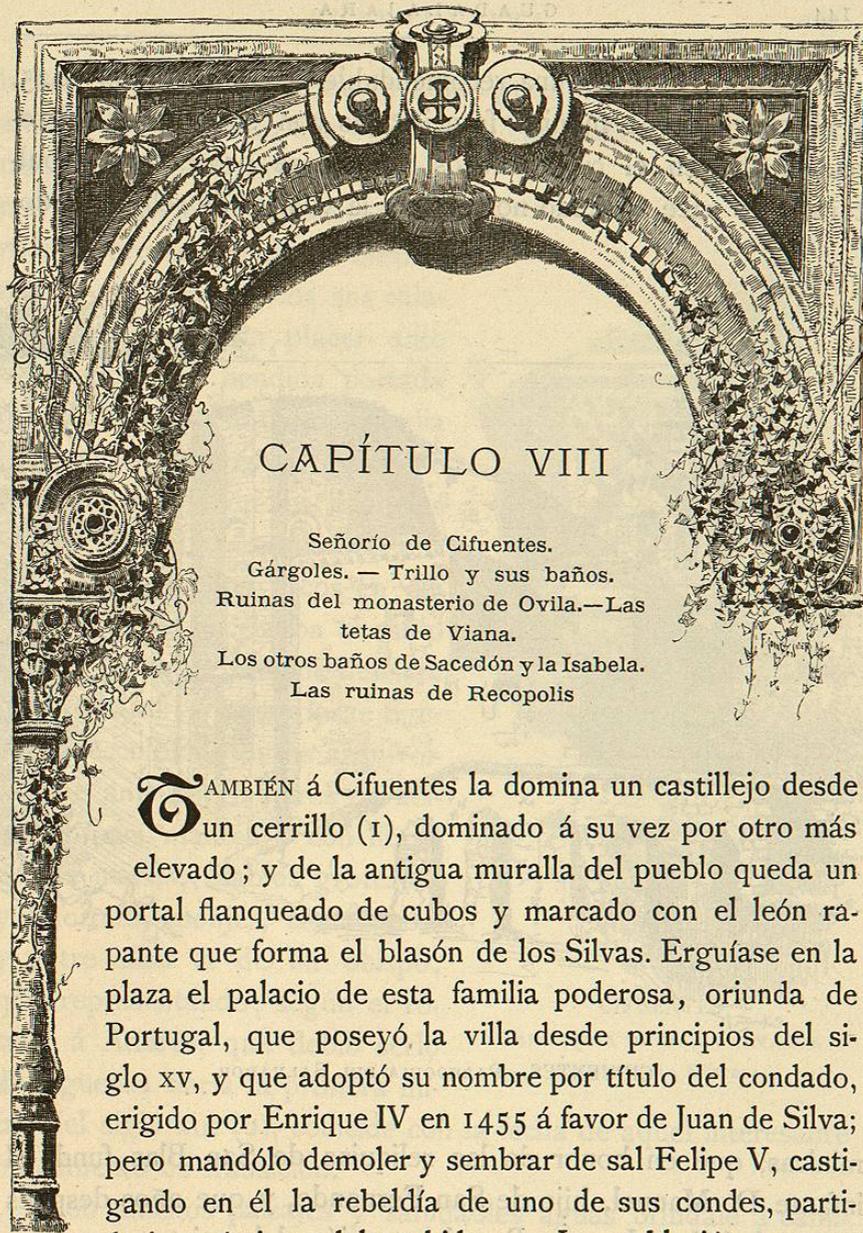
»—*Historia de Nuestra Señora de Sopetrán*. MS. Se me han dado noticias de ella, pero no la he visto.

»En las historias de poblaciones, en crónicas de Órdenes religiosas y en las vidas de personas ilustres en santidad procedentes de este país, hay muchas noticias relativas á los santuarios de la Virgen, á los monasterios, etc.

»—*Sagrada novena de Nuestra Señora del Madroñal*, por FRAY JULIÁN DE SAN JOSÉ ó GASCUEÑA. Va precedida de una nota histórica del santuario.

»La última edición es la de 1864.»

* El ya citado cronista de Guadalajara al hablar de la gran devoción de los alcarreños al culto de la Virgen María, dice: «Por donde quiera que se camine se levanta alguna ermita, llena todavía de dulcísimos recuerdos. Y se hallan en las enhiestas cumbres de las montañas, ó en sus laderas, ó en los más floridos valles, templos consagrados á la que desde el primer siglo de la redención compartió con su Divino Hijo el amor de los españoles. En esta región de la Alcarria hay santuarios tan nobles y devotos como este del Madroñal, y los que llevan las advocaciones dulcísimas de Monsalud, Montecelia, el Socorro, los Desamparados y la Esperanza, todos ellos puestos en la soledad de los campos, como si quisieran apartar á los hombres de los peligros de la sociedad y los convidasen á la vida contemplativa. Los dos primeros ya no existen, porque junto á ellos se levantaban famosos monasterios; pero en cambio, aún permanecen y son centro de las almas y objeto de romerías y piadosos ofrecimientos, además de los otros, el Peral, la Soterraña, la Oliva, el Espinar, el Saz, el Collado, la Fuensanta, la Bienvenida y otros muchos. ¡Qué historias tan dulces las de estas imágenes! ¡Cómo ha derramado sobre ellas los rasgos más poéticos la piadosa y envidiable credulidad de nuestros padres! ¡Qué conjunto de dramáticos sucesos contiene la historia de los milagros de estos divinos simulacros!...»



CAPÍTULO VIII

Señorío de Cifuentes.
Gárgoles. — Trillo y sus baños.
Ruinas del monasterio de Ovila.—Las
tetas de Viana.
Los otros baños de Sacedón y la Isabela.
Las ruinas de Recopolis

TAMBIÉN á Cifuentes la domina un castillejo desde un cerrillo (1), dominado á su vez por otro más elevado; y de la antigua muralla del pueblo queda un portal flanqueado de cubos y marcado con el león rampante que forma el blasón de los Silvas. Erguábase en la plaza el palacio de esta familia poderosa, oriunda de Portugal, que poseyó la villa desde principios del siglo xv, y que adoptó su nombre por título del condado, erigido por Enrique IV en 1455 á favor de Juan de Silva; pero mandólo demoler y sembrar de sal Felipe V, castigando en él la rebeldía de uno de sus condes, partidario acérrimo del archiduque. La población por su parte, si bien crecida, conserva con sus frecuentes ruinas las huellas de la devastación francesa á principios de esta centuria; aunque permanecen de pié las iglesias de franciscanas

(1) Por los restos de la muralla que aún quedan en la parte meridional del cerro, échase de ver que debió tener en el siglo xvi amplitud y comodidades.